

—¿Por qué hablaban de la señorita de Arvil, el barón y ese Chavarux? Yo quiero saberlo y lo sabré.

Tenía un hilo, pero bien fragil todavía.

La casualidad había sido quien se lo había dado, como siempre.

## XXV

## Con un pie en el crimen.

Existe en alguna parte, si no me equivoco, un vaudeville que debe llevar este título ó su equivalente.

El barón Máximo de Saint-Aubin, tenía ciertamente, en su pasivo algunas de esas acciones que no tienen nada de buenas.

Sabemos que era sócio de los dos ingleses que se dedicaban á la punible industria de fabricar billetes falsos.

Robar diez céntimos del bolsillo de un vecino, levanta un clamoreo pidiendo justicia.

Robar sumas fabulosas al estado ó á las poderosas sociedades anónimas, no es más que un pecado venial fácilmente perdonado.

Hablamos del sentimiento público.

La ley piensa de otro modo.

¿Pero cómo se aplica esta?

Con todo su rigor, cuando se trata de un desgraciado que ha robado un pan ó un conejo; faltando abiertamente á ella si el ladrón es de cierto tono, es decir, de los que roban millones.

El caso del barón de Saint-Aubin era de esos para los que el pueblo, es decir, todo el

mundo, profesa una indiferencia difícil de conmover.

Pero sus asuntos iban á cambiar de aspecto bruscamente.

Y aquel cambio lo había producido el despacho de sus socios, ó mejor dicho, de sus cómplices, Savil y Count.

El barón ponía ante todo y por encima de todo, su interés personal, el de su seguridad, de su bienestar y de sus satisfacciones de todas clases.

Por defenderlas hubiera suprimido á sus adversarios.

El barón tenía imaginación, era astuto, no tenía conciencia y hubiera tenido la vida de un hombre en menos que la de un conejo de Australia, si este hombre se le hubiera atravesado en su camino y le hubiera cerrado aun inconscientemente el de la fortuna.

Y precisamente era Bernardo Chavarux el que podía hacer esto.

El pasante era una amenaza para él.

He aquí por qué.

Cuando se presentó en el hotel Saint-Aubin, daba vueltas en su imaginación á los más provechosos proyectos.

Se creía dueño de la situación en lo sucesivo, y á punto de realizar, sin más que extender la mano, los primeros fondos necesarios para la edificación de su opulencia.

Aurora era la hija de la señorita de Arvil.

Para él estaba ya esto fuera de duda.

Ahora bien, cuando se es dueño de un secreto tal, es preciso no tener dos dedos de frente, ni de iniciativa, si no se consigue sacar de él partido por una ú otra parte.

Al entrar en el gabinete del barón, el hijo de Claudia llevaba, pues, la cabeza llena de esperanzas quiméricas.

En aquel momento, Saint Aubin, que estaba sentado en su escritorio, concluía una carta, ó más bien un billete, para su vecina la señora Chagny.

Este billete, concebido en términos elegantes y apasionados, no contenía, en suma, más que variaciones sobre este conocido aire:

—¡Os amo!

Decía en resumen á su rubia y atrayente vecina:

«Me he conducido como un tonto; hubiera debido caer á vuestros pies y me he perdido en caminos de travesía, cuando no tenía más que una palabra en mis labios, y esa palabra, que los abrasa, era: ¡Os adoro!»

Al ver á Chavarux plegó el billete, lo metió en un sobre perfumado, lo lacró y estampó un sello con sus iniciales grabadas debajo de esta palabra italiana, llena de promesas: «Sempre».

Y dándosela á su fiel Piriac, le dijo lanzándole una mirada expresiva:

—A su destino.

Y quedó solo con Bernardo.

Saint Aubin estaba dotado de un golpe de vista extremadamente vivo.

Examinó con una mirada rápida las facciones de aquel natural del Puy-de-Dome, su paisano, y pensó:

—Algo hay de nuevo.

Y dirigiéndose al pasante, que á una señal se había instalado con cierta desenvoltura en una excelente butaca

—Os escucho—le dijo.

Bernardo explicó su hallazgo.

No anduvo con rodeos.

Dijo á Saint Aubin que le daba la preferencia; pero que en caso de necesidad podía volverse hacia otro lado.

Que bajo cualquier punto de vista que se mirase, el asunto era espléndido tanto para él como para los otros.

Que el legajo de que se había posesionado por consecuencia de la confianza de su jefe, y la conversación, sorprendida entre el coronel Brancur y el notario, arrojaban una nueva luz sobre la especulación emprendida por el barón.

Aurora Milton sería una heredera de primer orden.

Su madre la quería y lloraba su pérdida.

Esto estaba fuera de duda.

El coronel Brancur lo había afirmado diversas veces al señor Merlin.

Chavarux, como el barón, tenía oídos que todo lo oían, una memoria que no olvidaba ni un nombre, ni una fecha, que no se le escapaba ningún detalle.

La señorita de Arvil dejaría pues sus bienes á aquella criatura á quien amaría cien veces más el día en que la conociera.

Jamás, con seguridad, había podido suponer que fuese tan hermosa, tan buena en una palabra, tan encantadora.

No era esto todo.

Aurora Milton no tenía más que mostrarse para entrar en posesión de bienes que el vizconde de Bures la había dejado.

El coronel de Brancur había acumulado para ella economías considerables.

¡Doce millones!

—Garantizo la cifra—exclamó el pasante entusiasmado.

Esto parecía exageración.

¡Sin embargo, era verdad, y aun había más!

El coronel Brancurt no sabía á quien dejar su fortuna.

Naturalmente iría á parar á aquella bienaventurada Aurora.

Esto parecía un cuento de *Las mil y una noches*.

—He oído todo, todo afirmaba Chavarux.

Había, pues, en esto una admirable especulación que poder realizar.

¿Era tan difícil hacerse amar de una joven pobre, sin amparo, obligada á tener que trabajar para vivir y demasiado honrada para recurrir á medios deshonorosos?

Puesto que el barón la conocía ya, esto era evidentemente lo que había pensado hacer.

Chavarux sabía á que atenerse.

Puesto que ya estaba comprometido con Saint-Aubin por un acuerdo, deseaba que consiguiera su propósito y le ayudaría en caso de necesidad, suministrándole informes y guardó el más profundo silencio tan ventajoso para él.

Pero á medias!

En vista de los millones de Aurora, no se trataba ya de una cantidad tan insignificante como cien mil francos, y aun del doble.

El barón Máximo, sonriendo, con el codo apoyado sobre la mesa, y la barba sobre la mano, dejaba hablar al pasante, sin desplegar los labios.

En aquel momento se decidió á abrir la boca y dijo:

—Tenéis razón.

—¿No es verdad?

—Me contáis cosas...

—Que ignorabais...

—Vos también.

—¡Oh!—exclamó el pasante, irritado consigo mismo.—Cuando pienso que esa Aurora la he tenido durante diez y ocho años á mi lado; que me he criado con ella, y que hubiera podido tener todo...

—Dispensad... Si no hubieseis salido de vuestro país, ¿cómo hubieseis sabido?...

—Tal vez...

—Es preciso contentarse... Yo os hubiera dado cien mil francos con mucho gusto, doscientos tal vez... El asunto se presenta mejor. ¿Qué queréis?... En caso de éxito bien entendido...

—¿Pero lo conseguiréis?

El barón replicó:

—Así lo espero.

—¿Firmemente?

—Tengo confianza, sí. Antes de un mes, esa Aurora Milton se llamará la baronesa de Saint-Aubin.

Y así lo pensaba.

Si le hubieran dicho que encontraría una resistencia seria, se hubiera reído con desdén.

Desde la entrevista que había tenido con Aurora en el boulevard Saint-Germain, al encontrarla tan pobre y al mismo tiempo tan afectuosa y tan resignada, no dudaba de su consentimiento.

Únicamente los Caylus le parecían temibles; pero puesto que la joven que había estado en casa de ellos en Auvignac se veía reducida á

una miseria tan grande, era que no había querido recurrir á ellos, que ellos no la habían ofrecido protección ó que ella la habría rechazado.

Luego la plaza estaba libre.

El barón se hacía la idea de conquistarla fácilmente.

En realidad, sus cálculos eran justos.

¿Qué joven en la situación de Aurora hubiera rechazado á un hombre dotado del exterior más seductor, rico y espiritual, que le ofreciese su nombre, su fortuna, y cuyo desinterés no podía ser sospechoso?

Por esto creía él sinceramente en el triunfo. Se lisonjeaba de poder entrar como vencedor en aquella plaza sin defensa.

Pero había una condición para este triunfo. Necesitaba algunos días de respiro, el tiempo necesario á toda empresa y el silencio completo de Bernardo Chavarux con todo el mundo, aun con sus padres y con su antiguo jefe Pilet-Desbuttes.

Así se lo dijo terminantemente á Chavarux, y después preguntó:

—¿Vuestras condiciones? ¿Cuánto queréis? Decid vuestra cifra.

Chavarux oprimió los labios.

Y después dijo titubeando:

—¡Oh! Yo no soy muy exigente.

—Bueno. ¿Pero cuanto?... No temáis... Hablad.

—¡El negocio es excelente para vos!—dijo.

—Pero es delicado... Se necesita cierta destreza, cierta diplomacia... Vos no lo habéis conseguido, y teniais todos los triunfos en la mano.

Chavarux se veía obligado á convenir en esto.

Se mordió los labios de despecho.

¿Pero qué hacer?

¡Oh! ¡Si hubiera creído poder hacer volver á Aurora de su negativa, destruir su averción!

Pero era imposible.

No sabía ni aun dónde podría verla.

Esta era una ventaja que el barón tenía sobre él.

Saint-Aubin repuso:

—No tengais cuidado, decid.

Entonces, de pronto, el pasante recobró ánimos y lanzó su último precio.

—Quinientos mil francos, y sobre estos quinientos mil francos un anticipo de veinte á treinta mil... treinta mil más bien, de aquí á cuarenta y ocho horas.

Saint-Aubin no pestañeó; un simple fruncimiento de cejas indicó el efecto que este *ultimatum* había producido en su ánimo.

Chavarux se apresuró á añadir:

—Eso no es nada; una bagatela en comparación aunque no sea más que de las fortunas reunidas del vizconde de Bures y de la señorita de Arvil.

Y como el barón, sin cambiar de postura, no decía nada y reflexionaba, el pasante cometió la torpeza de añadir:

—Vos veréis si aceptais ó no. Si no aceptáis iré á buscar á la madre y trataré con ella, en la seguridad de que conseguiré lo que quiera, con la ventaja de que por parte de la madre tengo seguro lo que en vos sería dudoso. Una cifra que discutir, eso será todo.

Después de todo los negocios, son los negocios.

El quería su medio millón y lo tendría fuera de una parte ó de la otra.

Insistió con la rudeza de un tratante.

Una madre que tiene rentas enormes y que busca á su hija desde hace cerca de veinte años, sin descubrir el menor indicio,\* no regatea cuando una persona seria se acerca á decirle:

—¡Yo la conozco... vive! No sé precisamente dónde está en este momento, pero el barón Saint-Aubin puede deciros la dirección... Yo juego claro... He estado en tratos con él... No nos hemos arreglado... Poned un anuncio en los periódicos y parecerá. Solo que yo quiero quinientos mil francos contantes y sonantes.

Bernardo Chavarux estaba muy contento de sí mismo.

Se expresaba con el tono del hombre que tiene una mina y que no tiene inconveniente en venderla, pero que no quiere que le engañen.

Ciertamente él reconocía que el barón tenía una pequeña ventaja, la de conocer el domicilio actual de aquella Aurora Milton, pero esto no era más que un detalle, un pequeño detalle sin importancia.

Lo verdaderamente importante era poderle decir á la señorita de Arvil:

—Vuestra hija existe; está en Paris desde hace cerca de un año, es hermosa como el amor.

Y el barón seguía escuchando al pasante.

Chavarux no carecía de inteligencia.

Esto era cierto.

—¿Quereis un mes para arreglar el asunto?

to?... Bueno, pero ni un minuto más... El asunto urge. ¡Paeden olfatearlo otros, y entonces, adiós dinero!

Esta fué su conclusión.

Pero entre él y el barón, la ventaja estaba de parte de este.

El aventurero tenía sobre el pasante la superioridad de la edad, la de la experiencia y también la de la truhanería que da la vida de París.

En dos palabras, Bernardo Chavarux era un novicio, un debutante; el barón había llegado á obtener sus charreteras, empleo por empleo.

Era un maestro.

No hacía más que decir, sin perder una de las palabras del pasante:

—¡Este mocito sabe demasiado! ¡Me molesta!...

Y al mismo tiempo, seducido por la inmensidad de aquella fortuna, se obstinaba en su propósito de llevar á buen fin una especulación tan sencilla á sus ojos y que debía dar tan maravillosos resultados.

Aquello era una suerte, una barita mágica que cambiaría un destino incierto en una situación soberbia.

Y el barón se decía además, con su fria y potente obstinación:

—¡Yo lo quiero!... ¡Triunfaré!...

¡Si hay obstáculos, los romperé!

¡Le quedaba Olimpia Andral!

Tenía una verdadera pasión por él.

Pero sabría engañarla primero, hacerla callar después.

Chavarux no era más que un instrumento á los ojos del aventurero.

Había dado ya todo lo que podía dar.  
¡En lo sucesivo se hacía perjudicial!

—¡Sabe demasiado!

Esto se repetía sin cesar el barón.

Pero era preciso contemporizar.

El pasante, á pesar de su aparente seguridad, hubiera admitido discusión sobre el precio y condiciones del asunto.

Saint-Aubin se mostró conforme.

Aceptó desde la primera palabra.

—Es muy justo— declaró con efusión.

Cuando salieron, el asunto estaba convenido.

El barón se había anticipado á los deseos secretos del heredero de los Chavarux.

—Si no he conseguido nada dentro de un mes os devuelvo vuestra libertad. El negocio es excelente. Sacaremos de él una fortuna.

—¿Y mis treinta mil?

—Los tendreis.

—¿Cuándo?

—Dentro de dos ó tres días.

—Bueno.

Saint-Aubin repitió con sencillez perfectamente estudiada la frase de Chavarux.

—A medias; pero dejarme hacer... Suceda lo que quiera, vos no tendréis más que cojer el dinero. Conozco Paris mejor que vos. Hay en él á veces tareas que no son fáciles. ¡Yo me encargo de esta.

En este momento fué cuando el general los vió salir del hotel y oyó pronunciar el nombre de la señorita de Arvil.

Bajaron á pie hasta el puente de la Concordia.

Allí el barón estrechó la mano de su socio é

iban á separarse cuando el barón dijo al pasante:

—Olvidaba...

—¿Qué?

—Un detalle.

—¿Cuál?

—Yo no creo engañarme; pero en fin, podría ser que vuestra joven y la mía no fuése la misma.

—¿Entonces?

—Es preciso, ante todo, asegurarse de que no hay error en la persona, como se dice en derecho.

—Eso es justo.

—Venid mañana.

—¿A dónde?

Saint-Aubin reflexionó:

—A la plaza de la Magdalena administración de los ómnibus, á las ocho en punto. Comeremos juntos y os llevaré á casa de esa joven...

Y como pareció que Chavarux iba á negarse:

—No temáis nada—añadió Saint-Aubin.—La veréis y ella no os verá. Al mismo tiempo os daré un anticipo.

—Bueno.

El barón repitió:

—No lo olvidéis... A las ocho, militarmente.

—Convenido.

Se separaron.

Bernardo Chavarux estaba decididamente seducido. Las últimas palabras del barón le habian encantado.

¡Un anticipo! ¡E iba á ver á Aurora!

Consideraba á Saint-Aubin casi como á un amigo.

Si él hubiera podido leer en su pensamien-

to, hubiera sabido que su peligroso compañero se repetía sin cesar:

—Este mocito sabe demasiado.

Chavarux bajó hacia los boulevares.

El barón se dirigió lentamente hacia la Avenida de Víctor Hugo.

Iba á casa de Olimpia Audral.

La necesitaba para la ejecución de un plan rápidamente concebido.

Y marchando con el paso del hombre que va pensando, se rió maliciosamente diciendo

—Esa Olimpia va á considerarse feliz al volver á ver el teatro de sus primeras hazañas. ¡Qué bien dice el proverbio! «¡Es bueno tener amigos aunque sea en el infierno!»

## XXVI

### En los bajos fondos.

El simón atravesó la plaza de la Estrella y siguió la avenida de Wagan en toda su extensión; después subió el boulevard Pereire, la calle Cardinet, y llegó á la avenida de Clichy. Allí cambió el espectáculo. De los barrios del lujo entraba en los de la medianía.

No debía tardar en encontrarse en el barrio de la miseria.

Se metió por un dédalo de callejuelas, cortadas por infinidad de solares, para pararse, por fin, delante de una casa de mala apariencia, á dos pasos del ferrocarril de circunvalación.

Pocas luces alumbraban los balcones de los pisos superiores.

La planta baja, por el contrario, estaba muy iluminada.

El barón Máximo se inclinó al oído de su compañera, y dijo:

—¿Has comprendido?

—Sí.

—Ese imbécil conoce mis secretos... Me ha amenazado... Quiere dinero... Una suma considerable... Todo va mal para nosotros... No lo tengo para dárselo...

—Bueno.

El cochero preguntó con voz ronca:

—¿Es preciso esperaros, burgués?

—Sí.

—Es que no es muy bueno estarse aquí.

—Yo me quedo con vos. No temáis nada.

—¿Estaremos mucho tiempo?

Olimpia fué la que contestó:

—Veinte minutos. Media hora lo más.

Entró sola en la taberna, mejor dicho, en el tabuco que tenía delante de ella.

El barón paseó un momento por delante de la casa, después montó en el coche, se encerró en él y esperó.

El cochero colocó el coche al otro lado de la calle, cerca de un vallado cubierto de anuncios, y murmuró:

—¡Cochino barrio! No me haría gracia pasar por aquí á cosa de las dos de la mañana.

Miró con cierta inquietud á su alrededor. En todo lo que podía alcanzar su vista no distinguió ni uno de esos agentes de Seguridad, á quienes los rateros y gentes de mal vivir llaman *caracoles de acera*.

—¿Qué será lo que irá á hacer ahí dentro la señora?—se preguntó el cochero.